

FIYW (Feel If You Want)

AHEMIR

Apenas un milisegundo antes de que Lucía sintiera la sensación de frío, las nanomáquinas ejecutaron su labor y aumentaron su temperatura corporal. La noción de frío resultaba aniquilada por los microscópicos seres biomecánicos que regulaban su temperatura automáticamente. La última actualización mejoraba el tiempo de reacción de las nanomáquinas en milisegundos. Un servicio previo pago.

Ésta era tan solo una de las múltiples utilidades del sistema FIYW. En su agresiva campaña de comercialización la corporación propietaria de la patente basó sus argumentos en que el ser humano no debe permanecer anclado a perpetuidad en sus huellas primigenias. Su lucha era contra sentimientos físicos y emocionales. No sientas si no quieres: Feel If You Want, rezaba su eslogan.

Por eso, cuando Lucía recibió el mensaje que le comunicaba el fallecimiento de su madre, con la que había perdido contacto muchos años atrás, las nanomáquinas evitaron el escalofrío, pero no la culpa; una actualización que jamás podría costearse. Su versión tampoco impedía verter lágrimas, de manera, que, sin poder evitarlo y sin saber cómo ni porqué, el lacrimal de Lucía se humedeció hasta formar una gota, una lágrima, que recorrió su mejilla velozmente hasta caer al suelo.

Miedos infantiles

Anar

-A ver, ¿qué pasa?-

El pequeño arrastró a su padre hasta su habitación.

-Allí- señaló el armario.

-¿En el armario, en serio?- El niño asintió con la cabeza, temblando, mientras se apartaba un poco.

-Tienes que asomarte- le susurró.

-Está bien...-abrió el armario por completo con la decisión que da la ignorancia y se acercó.

Miró a su hijo y suspiró. -No hay nada, ¿ves?-

-Tienes que asomarte- le repitió su hijo.

Así lo hizo, metió la cabeza en el hueco que era el armario, se inclinó y confirmó que, no había nada. O eso creía. Una mancha negra como el carbón comenzó a crecer, convirtiendo el hoyo azul en un pozo azabache.

-... ¿Qué?-sin darse cuenta, el pequeño se había colocado detrás de él y acababa de darle un empujón con todas sus fuerzas. La negrura le agarró con violencia, sin dejarlo ir. Los ojos incrédulos brillaron con sorpresa, pero sobre todo con confusión. -¿Por qué?- aquella pregunta fue lo único que salió de su boca.

-O tú o él- le había dicho la sombra al niño. Y para su deleite, no hubo de repetírselo.

-Él- le contestó sin pestañear siquiera.

La transformación

Hermes

Despertó después de un sueño intranquilo y supo que algo en él había cambiado. Su cuerpo, hasta ayer firme y rígido, era ahora una monumental masa flácida. Sintió que su cabeza había crecido desproporcionada con respecto al resto de su anatomía. Abrió los ojos con temor.

Intentó identificar dónde estaba. Demoró en reconocer que ese lugar era el mismo en el que había transcurrido toda su vida, aunque ahora pareciese infinitamente más pequeño. Desde donde estaba podía ver los rincones en los que se había ocultado hasta anoche y en los que hoy ya no cabría.

De pronto sintió asco de su existencia anterior, limitada a procrear y alimentarse, y comprendió que ese asco era constitutivo de su nuevo estado. Tuvo, por primera vez en su vida, una idea abstracta.

Con esfuerzo se puso de pie y quedó frente al espejo. Allí, desde su colosal altura descubrió que se había transformado en la fuente de todos sus horrores, el principal depredador de su especie. Tambaleándose, cayó sobre la mesa que había en la habitación y su mano tocó la billetera. Haciendo uso de su conciencia recién nacida, leyó el nombre grabado en ella: Gregorio Samsa.

Fotografía de playa

Hermes

Sonríe. Tiene los ojos abiertos pero –ocultos tras sus lentes oscuros– nosotros no podemos verlos. En primer plano, dos jóvenes en bikini miran sensuales a cámara. Unos metros atrás, casi fuera de foco, él sonríe.

Aguarda la toma mientras un extraño adormecimiento se extiende por su cuerpo. El sol, supone. Súbitamente, se excita. Imagina el bulto que crece en su entrepierna pero no deja de posar para la foto. Después, piensa, girará para ocultarlo.

Sus palmas, vueltas al cielo, ofrecen al sol la parte interna de ambos brazos, alejados del cuerpo para que se le bronceen también los costados del torso. Dejó su Rolex en el hotel; en su muñeca le arruinaría el bronceado. Calcula mentalmente el tiempo que lleva en esta posición desde que vio al fotógrafo y giró apenas la cabeza para ofrecer su mejor perfil. Entonces, sonrió.

Aún sonríe, mientras intenta darse la vuelta y descubre que ya no puede mover su cuerpo, los brazos apenas separados del torso, las palmas hacia el cielo. En vano trata de gritar, congelado para siempre en la imagen capturada por la fotografía. Revuelve horrorizado los ojos pero –ocultos tras sus lentes oscuros– nosotros no podemos verlos.

Llanto

Belisana

Ella no podía volver.

Es lo que tiene estar muerto: que dejas de estar vivo.

Dejas de respirar, de comer, de dormir, pero también dejas de sentir.

Pero sentía cosas todavía, como si morir se fuera un chiste sin gracia. Aún sentía algo pero ¿qué era ese sentimiento?

Si ya no tienes cuerpo ni mente ¿cómo puede alguien ni tan siquiera pensar que ya no piensa? Se dio cuenta de que podía ver. Claro que lo que veía era la oscuridad. Tenía una clara visión de la nada más absoluta y, contra todo pronóstico, era cálida.

Ante sus ojos una noche tórrida sin estrellas se desplegaba, tan infinita e inabarcable como una existencia.

Comenzó a notar una desagradable sensación de bienestar.

Cuanto mejor se sentía más se diluían sus recuerdos: su nombre, su edad, su vida entera...

Esto la puso furiosa. El tiempo, inmensurable y diluido, se escapaba entre sus dedos invisibles.

Un estallido de luz fue lo último que vio antes de olvidarlo todo, rasgando las tinieblas en mil pedazos.

Rompió a llorar, berreando a pleno pulmón.

Es lo que tiene nacer, que te pone de mala leche.

ELLA

Lápiz y papel

Noté su presencia incluso antes de verla. Me subió un escalofrío de pánico por la espalda y salí corriendo. Era inútil, nadie había conseguido huir de ella, podía encontrarte en cualquier parte. Aún así, el miedo activó todos mis músculos, que se tensaron como nunca.

Me dirigí hacia un gran bosque. Con el corazón en la garganta, tropecé con las raíces de un árbol cuando su presencia lo inundaba todo. Seguí corriendo lacerándome la piel con ramas y espinas, soltando un aullido de dolor.

Volví a acelerar el paso, aunque ya era plenamente consciente de que me iba a atrapar. Me rozaba la piel, hiriéndome. Aullé desconsolado al notar el tembleque de mis manos. Estaba demasiado cerca y su horripilante luz me quemaba la piel. Llegué a un enorme prado cuando el temblor ya se había extendido a brazos y piernas. Caí aovillado mientras su hiriente luz golpeaba todo mi cuerpo. Le aullé a ella en tono acongojado.

Mi cuerpo se estremeció a causa del dolor. Intenté erguirme pero ya era inútil. Mi nueva forma solo me permitía caminar a cuatro patas. Aullé compungidamente. La luna llena me había encontrado.

MUÑECAS

Diana Be

Papá cose muñecas. Muñecas rubias muñecas morenas... muñecas lindas muñecas feas... Me cantaba mamá, dulce, para dormirme. Pero yo me quedaba despierto toda la noche, oyéndolas gritar desde el sótano.

Voces en la oscuridad

Deivid

Camino por la oscuridad en lo que parece un pequeño laberinto. ¡Hola! Soy Chucky, ¿quieres jugar? Me quedo de piedra. ¿Quién ha dicho eso? Continuo con mi lento caminar, mientras intento distinguir aquella voz. Quédate a jugar con nosotros, dice otra voz. ¿Dónde estoy? Pequeñas gotas de sudor recorren mi cara cuando alguien grita: ¡Ven! Aquí abajo todos flotamos. Instintivamente miro abajo. Si murieron todos, ¿quién los enterró?, chillan desde una estancia cercana. ¿Has sentido alguna vez esas cosas punzantes en la nuca? Miro hacia atrás con una mano en el bolsillo esperando encontrar algo con lo que defenderme. Él está parado al lado tuyo, se oye a pocos pasos. Mi corazón está a punto de salirse del pecho. Ten miedo, mucho miedo. Estoy aterrado. Ellos están aquí. ¿Quiénes? Morirás en siete días. ¿Cómo? A veces morir es mejor. Eso mismo pienso yo, cuando de repente, se hace la luz y el dependiente del videoclub me mira con incredulidad.

Felicitas aeterna

André Carax

-¿Y si existiera aquello que está prohibido decir?

-No, seguramente no existe porque fue algo malo, antinatural. Por eso, ahora está prohibido decirlo.

-Pero, he escuchado que era lo más común, que todos tenían una así ¿cómo podría ser algo antinatural?

-El que todos tuvieran una no significa que fuera correcto, tal vez era la moda de ese entonces.

-¿Y todas las cosas buenas que dicen de ella? La comodidad, el refugio, la seguridad.

-¿Qué no te basta con tu dosis? Da exactamente lo mismo e incluso, es lo único que te permite tener visiones de cosas que no existen.

-Dirás sueños...

-¡Shhh!... alguien nos puede escuchar y ya sabes que esas palabras están prohibidas. Ya sabes lo que pasó con Román.

-Sí, sé lo que pasó, pero él también se preguntaba lo mismo que yo...

-Y mira dónde acabó... ¿No te basta con ser feliz como lo somos todos? ¡Tenemos todo! Además, cada tercer día nos entregan nuestra dosis. Todo a cambio de tu trabajo en el mejor lugar del mundo.

Ya deja de pensar en esas... palabras raras. ¡Sé feliz! Como todos.

Se fue cabizbajo, anhelando recordar por siempre el significado de la palabra “madre”.

¿ERA ÉL?

Davinci

Al llegar a casa, vi la puerta de la calle abierta. Entré despacio y llamé a mi mujer. Silencio. Comprobé la planta baja y no había nadie. Sin dejar de llamarla subí las escaleras para ir al dormitorio. Allí estaba, tirada en el suelo, ensangrentada, con signos de haber sido salvajemente golpeada. Sin dudarla la tomé en brazos y la metí en el coche para llevarla al hospital. El tráfico estaba detenido por un accidente. Maldije mi suerte y me puse a tocar el claxon como un loco. Entonces ella alzó la cabeza y señaló aterrorizada a un hombre que caminaba por la acera. ¡Es él!, gritó, ¡el hombre que me atacó! Sin dudarla, bajé del coche y corrí hacia él. Le golpeé en la cabeza con el antirrobo de mi coche, una, dos, tres veces, hasta que se quedó muy quieto. Volví al vehículo y, sorteando el tráfico, conseguí por fin llegar a urgencias. Mientras empujaba la silla de ruedas que tomé en la entrada, ella volvió a señalar a un médico que se cruzó con nosotros: ¡es él! ¡canalla, tú me golpeaste! Después indicó a una enfermera mientras decía: ¡eres tú!, ¡tú me has golpeado!, ¡eres tú!

JULIA**MSC**

Me despierto con un fuerte dolor de cabeza, solo y aturdido. Buscando mis gafas en la mesita de noche encuentro también una pequeña cámara de fotos digital. La de Julia.

No puedo resistirme, y la enciendo para tratar de recordar el motivo de mi terrible resaca. Ni una foto. Decepcionado, estoy a punto de apagarla, pero antes consulto el modo “video”. Hay uno. Aparece Julia, guapísima, sonriente, bailando sola en una habitación de lo que parece una antigua casa de campo.

De repente, observo un detalle que me deja paralizado.

En el fondo de la estancia hay un individuo encapuchado, de cuya presencia Julia no se da cuenta hasta que es demasiado tarde.

El intruso la agarra del cuello. Ella se resiste, en vano. La estrangula. Tras unos segundos eternos, junto a la imagen del cuerpo inerte de Julia solo se escucha la respiración del criminal, acusada por el esfuerzo. El individuo se acerca hacia el objetivo de la cámara, que continua funcionando. Pero no detiene la grabación. El corazón me late con fuerza cuando se sitúa en primer plano y se quita lentamente la capucha.

Entonces veo con nitidez, como en un escalofriante espejo, mi propio rostro.

Desayuno**Maldonado**

—¿Mami?

—Sí, cariño

—Hoy aprendí una palabra nueva en el cole, mami: “desatuno”

—Es “desayuno”, cariño. Una palabra difícil.

—Sí, “desayuno”, pero... no entendí bien lo que significa, mami.

—Pues, verás, cariño... “Desayuno” es como “comer”.

—¡Puaaajjj! ¡qué asco!

—Así es, cariño.

—Entonces “desayuno” y “comer” ¿son lo mismo, mami?

—Verás, cariño, no exactamente. La diferencia tiene que ver con el sol.

—¿Con el sol?

—Sí, cariño. Cuando el sol está “bajo”, es “desayuno”, y cuando está “alto” es “comer”. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí, mami, pero... ¿nosotros tenemos que “desayunar”?

—¡Ay, cariño! ¡Qué cosas tienes! ¡Por supuesto que no!

—Es que... he oído que es necesario “desayunar”.

—¡Cariño! ¿Se puede saber de dónde sacas esas tonterías?

—Es que hoy hemos tenido Programa de Intercambio en el cole.

—¡Vaya! ¡Te he dicho que en los Programas de Intercambio no te acerques a hablar con esos niños humanos!

Me muero por matarte**Ian Iwa Non**

-Me muero por matarte. No te soporto. No te soporto a ti, ni soporto tu mirada... ese frío brillo de esperanza en tus ojos. No soporto esa mueca de desprecio, ese creerte superior. ¿Crees que me falta valor? Tienes razón... por eso estás vivo todavía. ¿Sabes?, no creo que los hombres nazcan valientes. Si acaso, estúpidos... pero pueden hacer acopio de valor si la ocasión lo requiere. Yo lo haré... tengo un motivo. Te mataré. Me muero por matarte, ya te lo dije. Acabaré con tu odiosa mueca, con tu mirada... contigo. Ni a solas, ni detrás de este cristal que se interpone entre nosotros y que crees infranqueable estarás a salvo. A donde tú vayas, iré yo... y, cuando menos te lo esperes, un cuchillo helará tu podrido corazón, Lo juro. Con estas palabras el hombre se dio la vuelta y abandonó la habitación. Su adversario también giró sobre sus pies y, aunque nadie vio sus ojos, es posible que una sombra de duda asomara en ellos. Quizás sabía que su hora se acercaba. Conocía bien a su enemigo y comenzó a sentirse un poco muerto. Ni detrás del espejo podría ya esconderse.